

EL AVANCE DE LA DESPOLITIZACIÓN. NOTAS SOBRE LA GUERRA CONTEMPORÁNEA A PARTIR DEL PENSAMIENTO DE THOMAS HOBBES Y CARL SCHMITT

*Notes regarding contemporary war from the thought of Tomas
Hobbes and Carl Schmitt*

Ricardo Laleff Ilieff¹

*Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
de la Argentina (CONICET) - Universidad de Buenos Aires (UBA)
Buenos Aires, Argentina
lilieff@hotmail.com*

Vol. XII, n° 20, 2014, 11-30

Fecha de recepción: 22 de julio de 2012

Fecha de aceptación: 28 de agosto de 2013

Versión final: 8 de julio de 2014

RESUMEN. El artículo recupera el pensamiento de Thomas Hobbes y Carl Schmitt para analizar la problemática de la guerra contemporánea. Se argumenta que la relación actual entre guerra y política puede ser desentrañada a partir de una serie de categorías provenientes de las perspectivas de dichos autores. Por consiguiente, se concluye que la modalidad de la guerra actual

¹ Doctorando en Ciencias Sociales (UBA), Magíster en Defensa (EDENA) y Diploma de Honor en la Licenciatura en Ciencia Política (UBA). Actualmente se desempeña como docente en la Universidad de Buenos Aires (UBA), la Universidad Nacional de La Matanza (UNLAM) y como becario doctoral del CONICET y del Instituto de Investigaciones Gino Germani (IGG).

expresa el avance de la despolitización y la neutralización liberal en su fase última de desarrollo.

Palabras clave: despolitización, guerra, seguridad, Hobbes, Schmitt

ABSTRACT. The article traces the thoughts of Thomas Hobbes and Carl Schmitt to discuss the problems of contemporary warfare. In this sense, it is argued that the current relationship between war and politics can be linked from a series of categories from those authors. Accordingly, we conclude that the mode of the present war expresses the progress of depolitization and neutralization liberal in its last phase of development.

Keywords: depolitization, war, security, Hobbes, Schmitt

Introducción

Probablemente, en lo que a la literatura sobre Carl Schmitt concierne, aún no haya sido superado en agudeza el *Comentario sobre El concepto de lo político* escrito por Leo Strauss en 1932². Probablemente también, si acordamos con la tesis de Heinrich Meier del “diálogo entre ausentes”³, ninguna disquisición sobre su obra le causó tanto impacto al jurista como la de aquel joven nacido en la región alemana de Hesse. De esta manera, las revisiones de Schmitt a su polémico texto —incluyendo aquella antisemita edición de 1933— no serían más que la evidencia de una recepción positiva de la interpretación straussiana⁴. Sin embargo, poca relevancia tiene aquí adentrarse en el debate generado por las investigaciones de Meier, pues como lectores de Schmitt y Strauss lo relevante es el diálogo posible entre ambos pensadores⁵; diálogo que conforma un laberinto que excede por lejos a la relación personal que en vida entablaron. Por ende, lo importante es el encuentro teórico que emerge como posibilidad al existir referencias y mutuas interpelaciones en sus obras. Strauss fue quien sentó expresamente las bases para ello a partir de su *Comentario*. En este sentido, de modo análogo a Walter Benjamin, Strauss admitió epistolarmente su admiración a Schmitt, pero a diferencia del heterodoxo pensador marxista, sus consideraciones de 1932 parecen no inscribirse en una resolución impugnación o inversión a las tesis schmittianas. El joven intelectual se sentía

² Strauss, Leo (2010).

³ Meier trabaja esta hipótesis en su libro *Carl Schmitt, Leo Strauss y El concepto de lo político* (2010).

⁴ Schmitt (1984) admite la validez de la lectura straussiana de 1932 en una nota a pie de página en la edición de 1963 de *El concepto de lo político*.

⁵ Para una crítica a la postura de Meier consultar el trabajo de Robert Howse (1998) y Jorge Dotti (2009).

identificado con el jurista por compartir una misma preocupación: la estela del liberalismo. No casualmente sus respectivos pensamientos estuvieron atravesados de forma decisiva por Thomas Hobbes, de hecho Strauss escribió en 1936 un trabajo dedicado a su “filosofía política”⁶, mientras que Schmitt confesó en *Ex Captivitate Salus* que, junto a Bodin, el británico lo había “acompañado” en la soledad de su calabozo tras la estrepitosa caída del *Führer* (Schmitt, 1994: 61).

En tal virtud, la relación mediada por Hobbes no resulta para nada trivial como tampoco meramente anecdótica. Justamente es su figura la que aparece decisivamente en el *Comentario sobre El concepto de lo político*. Esta presencia no se manifiesta como divergencia exegética, sino como eje articulador de un contexto a reinterpretar. Solo a partir de Hobbes, Strauss pudo argumentar la imposibilidad de Schmitt de escapar al horizonte de sentido de aquello que cuestionaba en su afamado texto. Si bien Strauss le reconoció su buen intento, no lo hizo sino a costa de mostrar paralelamente sus límites. En este sentido, el juicio straussiano sobre la potencialidad del escrito del jurista es taxativo: Schmitt únicamente pudo “preparar la crítica radical” (Strauss, 2010: 166) al liberalismo mientras que “en un horizonte semejante” (Strauss, 2010: 168) Hobbes sentó sus bases. Por consiguiente, según Strauss el oriundo de Plettenberg se encontraba preso de una celda teórica debido al complejo paradigma moderno. De esta manera, el joven Strauss concluyó destacando la necesidad de volver a Hobbes tras “mostrar qué es necesario aprender de Schmitt” (Strauss, 2010: 168) para así, de una vez por todas, emprender una crítica radical al liberalismo.

Sin embargo, es menester señalar que este escrito no pretende avanzar en los pormenores de la lectura straussiana sobre Schmitt, pues en verdad esta introducción encuentra en el planteo de Strauss el disparador para analizar la conflictividad de los tiempos actuales en su punto extremo, es decir, en la forma que ha asumido la guerra contemporánea. Por consiguiente, tal empresa analítica no puede prescindir de las obras de Hobbes y de Schmitt dado que la particularidad actual de la guerra se encuentra atravesada por el desarrollo de un proceso para nada ajeno a sus elucubraciones, sino en gran medida, rastreable en sus interiores. En suma, lo que se desea mostrar en este escrito a través de ciertas hipótesis de lectura en torno al pensamiento hobbesiano y al schmittiano es que la especificidad actual del choque bélico expresa el avance de la despolitización y la neutralización liberal en su fase última de desarrollo.

La neutralización hobbesiana

Las consideraciones de Hobbes en su *Leviatán* se inscriben dentro de un discurso teórico dirigido a desplazar a la guerra del centro de su reflexión. La particular forma que asume este desplazamiento inaugura aspectos típicamente modernos que diferencian al inglés de autores previos. Por ejemplo, Platón, en *República*,

⁶ Allí se califica a Hobbes como el padre del liberalismo y de la filosofía moderna (Strauss, 2006).

entendió a la guerra como la derivación de las necesidades malsanas de la comunidad cuya multiplicación constante generaban una búsqueda casi interminable por su satisfacción. La división del trabajo —norma rectora de la organización y fundamento de la justicia de la *polis*— debía establecer una casta especializada en el ejercicio de la guerra⁷. Por otro lado, en tiempos del Medioevo también se observó un desplazamiento analítico a través de la concepción “guerra justa”. La especificidad de este tipo de enfrentamientos consistía en el trato discriminatorio del enemigo quien era considerado un “infiel”. En tal virtud, este tipo de guerras se presentaba como dispositivo para detener el avance del mal en la Tierra. Inclusive en la propia obra de Maquiavelo lo bélico se presenta como algo excepcional. Independientemente del nombre propio a quien Maquiavelo eligió como destinatario de *El príncipe*, la interpelación es en el fondo indefinida y, por ello mismo, tan dramática como atractiva. El florentino exhortó a quien pudiera llevar a cabo el proceso de unificación de Italia, a quien estuviera en el ojo de la “fortuna”. La coyuntura convirtió a Lorenzo de Médici en el destinatario del tratado, pero bien podría haber sido otro, bien podría haber sido un grito al vacío o el legado para un heredero próximo a nacer. La frase que pronunció Althusser no por poética deja de ser precisa: Maquiavelo dejó su escrito “al azar de un reencuentro anónimo” (Althusser, 2003: 169)⁸. Justamente a *El príncipe* se le pueden atribuir varios receptores legítimos por la historicidad de su exhortación. En verdad, lo que Maquiavelo destacó es quién debía ser el motor de la unificación italiana. Dicho papel solo lo podía ejercer el pueblo teniendo como timonel la *virtú* de un líder. Al ser su visión militar estrictamente política, Maquiavelo cometió exageraciones técnico-militares en *El arte de la guerra*⁹; pero lo importante para nuestros fines es que aun cuando se relocaliza a la guerra en el entramado secular de lo político, tal asignación es el producto de un juicio acerca de la necesidad de una coyuntura histórica; Maquiavelo es solo un profeta de lo venidero, mientras que una cosa muy distinta sucede con Hobbes.

En el *Leviatán*, el desplazamiento de lo bélico y la gestación de una región neutralizadora de toda forma de desobediencia se producen a través de un novedoso rodeo conceptual que sitúa a la guerra por fuera del núcleo político y anula, por consiguiente, su emergencia interna. No obstante, este rol en los márgenes encierra una aporía fundamental y un objeto inocultable en tanto el desplazamiento no puede ser del todo efectivo dada la posibilidad siempre patente de que la situación real bélica trastoque la trama de lo existente; por ende, termina siendo

⁷ A su vez, Platón realizó una distinción crucial entre “discordia” y “guerra”, entendiendo a la primera como el acontecimiento en donde se enfrentan comunidades que comparten una misma *paideia*, mientras que la guerra propiamente dicha se trata del combate contra un otro “cultural” (Platón, 2005: 373^a)

⁸ Claro que para Althusser ese reencuentro deja de ser “anónimo” al irrumpir en Occidente la obra de Marx.

⁹ Como bien destacó Gramsci, Maquiavelo enfatizó desmedidamente su predilección por la infantería —arma numerosa y de un nivel menor de preparación—, subestimando el rol de la artillería y la caballería —armas de mayor dependencia instrumental y características de los nobles. Ver: Maquiavelo (2005) y Gramsci (1980).

únicamente aparente y sintomático su papel secundario. Su marginalización discursiva es el signo más notorio de su protagonismo. Este hecho convierte a Hobbes en el primer autor en captar la problemática del ejercicio liberal de lo político, dado que no solo interrogó sobre la piedra angular del poder estatal, sino también avanzó un peldaño más al estar allí presente —aunque de modo germinal— la pregunta sobre su funcionamiento. Precisamente es el tópico de la “guerra” el que vehiculiza el análisis de ambas facetas, ya que si se presta atención a distintos pasajes del *Leviatán*, se verifica un uso casi intercambiable de los conceptos “estado de naturaleza” y “estado de guerra”.

Para Hobbes, la ausencia del soberano expresa aquella situación que debe ser controlada, por ello “durante el tiempo en que los hombres viven sin un poder común que los atemorice a todos, se hallan en la condición o estado que se denomina guerra” (Hobbes, 2005: 102). Sin embargo, contrariamente a su recurrente apelación en la obra, la guerra no es señalada como el fenómeno impulsor del pacto, puesto que el soberano es engendrado con su absoluta prescindencia. El momento bélico se representa como un espectro, una posibilidad siempre factible, pero al mismo tiempo difusa. En cambio, lo que sí se afirma taxativamente es la aparición decisiva del miedo a la muerte violenta. Esta presencia repetida con insistencia en el *Leviatán*, opera como promotora del acuerdo entre los hombres en aquel estadio donde hasta “el más débil tiene bastante fuerza para matar al más fuerte, ya sea mediante secretas maquinaciones o confederándose con otro que se halle en el mismo peligro que él se encuentra” (Hobbes, 2005: 100). En tal virtud, las sospechas, la prevención y los dilemas de autoayuda imperan. En palabras de Hobbes: “Dada esta situación de desconfianza mutua, ningún procedimiento tan razonable existe para que un hombre se proteja a sí mismo, como la anticipación” (Hobbes, 2005: 101).

En otros pasajes de la misma obra, Hobbes complementó sus consideraciones sobre el estado de naturaleza describiéndolo como una suerte de momento desolador donde la angustia humana hasta impide experimentar “placer” alguno (Hobbes, 2005: 102). Sin embargo, esta situación no puede ser vinculada a los estruendos de la batalla, puesto que solo en la imaginación de los individuos temerosos tiene lugar aquella lucha “de todos contra todos” (Hobbes, 2005: 102) al no evidenciarse su plasmación real. Tal como el propio autor declaró: “La naturaleza de la guerra consiste no ya en la lucha actual, sino en la disposición manifiesta a ella durante todo el tiempo en que no hay seguridad” (Hobbes, 2005: 102). Desde esta óptica cualquier hecho colabora con el imperio de la inseguridad ininterrumpida y, por ende, el verdadero animador para que las voluntades individuales conformen al “dios mortal” (Hobbes, 2005: 141) no es otro que la inseguridad producto del “continuo temor y peligro de muerte violenta” (Hobbes, 2005: 103). Es el miedo la sustancia misma con la que está hecho el *Leviatán*, por lo que queda claro que Hobbes no fundamentó la necesidad del Estado en la emergencia de la guerra. Es más, su conceptualización apela a la manipulación al poner en el centro de la reflexión el flagelo de los combates, desplazando su existencia de la argumentación y construyendo a partir de allí, un ambiente devastado donde la

necesidad de orden emerge por sí sola, pues nadie puede sentirse atraído por un lugar donde:

No existe lugar para industria, ya que su fruto es incierto; por consiguiente, no hay cultivo de la tierra, ni navegación, ni uso de los artículos que pueden ser importados por mar, ni construcciones confortables, ni instrumentos para mover y remover las cosas que requieren mucha fuerza, ni artes, ni letras, ni sociedad (Hobbes, 2005: 103).

Nótese que el motivo de este rodeo teórico resulta aprehensible desde una visión propia de la más pura racionalidad política. En su búsqueda de la obediencia, Hobbes mostró adrede solo un golpe de vista de la guerra, especialmente en lo que respecta a su capacidad económico-social destructiva. La fotografía es atroz y ya no importa su carácter verídico. A partir de allí, casi como un verdadero alquimista, Hobbes plasmó situaciones objetivas de su época, rubricando rasgos abominables acerca del estado de naturaleza. De hecho, es notorio como la existencia humana transita de manera “solitaria, pobre, tosca embrutecida y breve” (Hobbes, 2005: 103) pero sin ser atravesada por el derramamiento efectivo de sangre. Según Michel Foucault, en el *Leviatán* “nos encontramos en el teatro de las representaciones intercambiadas, en una relación de temor que es una relación temporalmente indefinida; no estamos realmente en guerra” (Foucault, 2010: 89). Lo relevante es que aun creando la ficción del contractualismo, Hobbes legitimó el dominio del soberano como estructura impersonal, ya que el *Leviatán* es un artificio vacuo. El rey aparece carente de humanidad o, dicho de otro modo, independiente de ella.

La inversión del miedo

¿En qué se distinguen el estado de naturaleza del fruto del pacto? La diferencia fundamental estriba en que una vez cedida la prerrogativa de la autodefensa la propia existencia del *Leviatán* es condición necesaria de la seguridad de todos y cada uno de los hombres: “La misión del soberano (sea un monarca o una asamblea) consiste en el fin para el cual fue investido con el soberano poder que no es otro sino el procurar la *seguridad del pueblo*”¹⁰ (Hobbes, 2005: 275).

Una vez celebrado el acuerdo el hombre es consciente de que su vida pasó a depender de un artificio más poderoso que cualquier ser sobre la Tierra. Esta es una decisión tan libre como óptima, ya que únicamente de esta manera se le puede poner coto al temor permanente y permitirle al hombre ocupar su tiempo en algo más que su supervivencia. El soberano es un dispositivo que los hombres se dan a sí mismos para contener la inseguridad y controlar los elementos disruptivos de la voluntad humana. A partir de allí, la conducta y la vida de los individuos conforman el área de competencia del soberano. En tal virtud, más que un escenario

¹⁰ Cursivas en la edición.

signado por el enfrentamiento bélico, el estado de naturaleza es un estado de inseguridad que imposibilita el desarrollo de las fuerzas sociales. En otras palabras, el llamado Estado absolutista de Hobbes es en verdad, un Estado policial, un Estado preocupado por las fuerzas sociales. En su texto sobre el autor británico, Schmitt sostiene una postura similar: “El Estado moderno y la moderna policía han nacido juntos, y la institución más esencial de este estado de seguridad es la policía” (Schmitt, 2002: 29). En este sentido, cabe recuperar los términos en el que el propio Foucault amplió dicha problemática: “La policía consiste, por lo tanto, en el ejercicio soberano del poder real sobre los individuos que son sus súbditos. En otras palabras, la policía es la gubernamentalidad directa del soberano como tal”¹¹ (Foucault, 2011: 388).

Asimismo, existe un elemento adicional que demuestra cómo la guerra carece —o debe carecer— de una sustancia constituyente para Hobbes, ya que en los dos tipos de instauración de la soberanía —por adquisición e institución— se mantiene la autonomía en relación a lo bélico. Según dicho autor, aun cuando un conflicto interestatal destruyera al soberano e instalara otro en su lugar —soberanía por adquisición—, desde el momento en que los vencidos eligen seguir respirando por sobre la oposición al nuevo Leviatán se convierten en súbditos suyos, puesto que se les concedió “la vida a cambio de la sumisión” (Hobbes, 2005: 141). Sin embargo, ¿es posible que una guerra civil forje un nuevo soberano? Hobbes impugnó esta posibilidad a través de una manera curiosa:

Es contrario a la razón alcanzar la soberanía por la rebelión: porque a pesar de que se alcanzara, es manifiesto que, conforme a la razón, no puede esperarse que sea así, sino antes al contrario; y porque al ganarla en esa forma, se enseña a otros a hacer lo propio (Hobbes, 2005: 121).

Aquí se puede observar cómo dicho autor, efectuó un discurso analítico de desplazamiento en vista de neutralizar la presencia siempre latente de la guerra. Para hacerlo puso el peligro en la centralidad y a las circunstancias efectivas en los márgenes: “La constitución de la soberanía ignora la guerra. Y ya haya guerra o no, esa constitución se produce de la misma manera” (Foucault, 2010: 93). De todas formas, se debe ir más allá de lo expresado para demostrar que el rodeo hobbesiano se dirige hacia un tipo de neutralización determinada, pues las relaciones conflictivas entre Leviatanes se encuentran fundamentadas como base de las prerrogativas del monarca, lo que convierte a la cuestión del orden interno en el mayor reto de la teoría de Hobbes¹². En otras palabras, la urgente erradicación de la conflictividad interna es la contrapartida de la conflictividad en las fronteras, motivo por el cual, como bien expresó Strauss, “en Hobbes no se habla de una

¹¹ Con dicha pasaje, Foucault hace referencia a cómo la policía se inserta en el marco de la gubernamentalidad moderna. Esta es una temática que merece un tratamiento específico y que solo se toma aquí con el objeto de encuadrar la reflexión posterior sobre la guerra contemporánea.

¹² “Es inherente a la soberanía el derecho de hacer la guerra y la paz con otras naciones y Estados” (Hobbes, 2005: 147).

negación total de lo político” (Strauss, 2010: 144). Tomando en cuenta que la suya es una respuesta a las guerras civiles y confesionales que marcaron los siglos XVI y XVII de la historia europea, Hobbes escribió sobre seguridad y no sobre defensa militar, sobre el área de competencia de la policía y no sobre el accionar de los ejércitos. De este modo, se revela el funcionamiento de la distinción entre las esferas internas y externas de la comunidad política:

Los reyes y personas revestidas con autoridad soberana, celosos de su independencia, se hallan en estado de continua enemistad, en la situación y postura de los gladiadores, con las armas asestadas y los ojos fijos uno en otro. Es decir, con sus fuertes guarniciones y cañones en guardia en las fronteras de los reinos, con espías entre sus vecinos, todo lo cual implica una actitud de guerra, pero como a la vez defienden también la industria de sus súbditos, no resulta de esto aquella miseria que acompaña a la libertad de los hombres particulares (Hobbes, 2005: 104).

En la cita, se vuelve a apelar a las representaciones y no a los sucesos concretos al admitir la tensión entre Estados, ilustrando por consiguiente, la problemática del equilibrio europeo característico de su contemporaneidad donde la renuncia a una apelación universalista se coaligó con el reconocimiento a la pluralidad y externalización del poder estatal. En otros términos, los soberanos se legitimaron entre sí en Westfalia, reconociéndose en un escenario de alterables rivalidades, pero de inviolables principios domésticos de competencias. Esta división de las esferas del Estado responde a una lógica simbiótica que hace posible su funcionamiento, en tanto el antagonismo externo coopera con el orden interno —pues en todo caso se modifica la persona, no la lógica de la soberanía— la desobediencia interna lo desestructura totalmente. En consecuencia, este peligro pasa a ser el elemento permanente de la praxis política tal como Hobbes describió anteriormente al temor en el estado de naturaleza.

Al argumentar la asimetría de poder entre cualquier hombre y el “poderosísimo” Leviatán, Hobbes procuró que los súbditos continuaran con un tipo de miedo especial subsidiario a las necesidades de la autoridad. Desde el principio, direccionó los efectos del miedo introduciendo una ficción. Nótese cómo en primer lugar aparece el temor generado por la anarquía del estado de naturaleza para luego, tras el pacto, darle cabida al temor del soberano. El miedo se invierte y por ello nunca desaparece. Su condición muta para permanecer activa, pero dicha mutabilidad esconde algo novedoso, pues mientras que el primer temor tiene un origen ficcional, el segundo en cambio, se erige en el verdadero protagonista de la forma política moderna. Solo a partir de aquí puede existir el miedo a la anarquía, es decir, solo cuando aparece el Estado. Sin él la ficción del contrato es imposible como lo es el propio concepto de anarquía. El Estado es el que alimenta el temor al caos en los hombres a fin de evitar la desobediencia y la guerra civil. De alguna manera, este pánico es el artista de la comunidad política, es quien la moldea y fija sus contornos. El naciente Leviatán tiene, por

ende, un temor no menos permanente que los hombres sin gobierno, pero en verdad, muy superior en sus efectos cotidianos: la desobediencia. Para lidiar con esto el ejercicio de gobierno debe montar una serie de resortes que le permitan el control social.

De esta manera, la asimetría entre soberano y súbditos resulta difusa, ya que sin la vigilia de la autoridad los lazos permanentes que exige la obediencia se disipan. El hombre hobbesiano temeroso encuentra su real existencia en el ejercicio permanente del control estatal. Aquí se observa la inversión fundamental que se encuentra cifrada: *el miedo de los hombres no es más que el miedo de la autoridad a los hombres*. Desde esta lectura, el *temor al Estado* es analíticamente posterior al *temor del Estado*, siendo este último el que posibilita la intensificación de la práctica gubernamental. A diferencia de *Utopía* de Tomás Moro (1984) —donde el conflicto se erradica haciéndose carne su solución en los propios miembros de la comunidad, más específicamente en la familia— en el *Leviatán* el conflicto permanece y se contiene exclusivamente por la vigilancia incesante de los brazos estatales. Estas ramificaciones aún no podían ser expresadas cabalmente en la época de Hobbes, pero sí en el horizonte de sentido de John Locke (2002). Sin embargo, esto no excluye la posibilidad de rastrear en su obra la esencia de tal problemática, muy por el contrario. De hecho, únicamente de este modo es comprensible la distinción sutil pero capital de la cita sobre las relaciones exteriores antes mencionada, pues tanto la guerra interestatal como la civil representan fenómenos contingentes, aunque diferenciados debido a que poco tiene que ver la “miseria” de uno con la “enemistad” del otro. La factibilidad los une, pero su relación con el *statu quo* los separa, en tal virtud Hobbes describió al segundo como un mero momento de enemistad.

Notoriamente su pluma se erige como un arma contra la anarquía y sus actos desobedientes más ínfimos y no como la artillería que protege los límites de su isla. La consecuencia es que la guerra figure desplazada del centro de la reflexión. No obstante, la característica fantasmagórica que asume en plena búsqueda de su neutralización interna demuestra la íntima conexión con lo político. Por consiguiente, resulta claro que el objetivo hobbesiano no era otro que neutralizar la desobediencia, de allí que haya presentado al naciente Estado como la única creación humana que podía garantizar la continuidad del tiempo, expresar la entidad de lo que existe y debe existir, otorgar trascendencia y determinar lo justo e injusto, lo bueno y lo malo.

A través de una ficción ruda por sus efectos —donde se extreman las consecuencias de la anarquía— Hobbes solidificó un modelo de orden disciplinador. Por esta razón, el *Leviatán* no es solo un libro sobre la soberanía, sino primordialmente, una obra maestra sobre el control social, sobre la seguridad interna y su creciente relevancia en la despolitización: “En ningún gobierno existe ningún otro inconveniente de monta sino el que precede de la desobediencia de los súbditos” (Hobbes, 2005: 169). De allí que no haya que hacer uso de la venganza (Hobbes, 2005: 281), ni propinarle admiración a un privado (Hobbes, 2005: 279), ni leer libros con “doctrinas sediciosas” (Hobbes, 2005: 265) ni mezclar el mundo

eclesiástico con el político (Hobbes, 2005: 388) pues todo ello son cristalizaciones de la transgresión.

El momento decisivo schmittiano

Que la lógica amigo-enemigo no pretende ser pacifista ni belicista, es algo que el propio Schmitt se encargó de dejar bien en claro en su texto más afamado cuando expresó que su fundamentación “no representa ni siquiera un intento de elevar la guerra victoriosa o la revolución lograda a ‘ideal social’, puesto que guerra o revolución no son nada de ‘social’ ni de ‘ideal’” (Schmitt, 1984: 30). Sin embargo, el enfrentamiento bélico tampoco tiene que ver con una suerte de estado anómalo que altera el desenvolvimiento de la sociedad, dado que “no es pues un fin o una meta, o tan solo el contenido de la política, sino que es su presupuesto siempre presente como posibilidad real y que determina de modo particular el pensamiento y la acción” (Schmitt, 1984: 31). En tal virtud, la permanencia de lo político exige que la lucha mortal se presente “como posibilidad real para que el concepto de enemigo pueda mantener su significado” (Schmitt, 1984: 30). Tanto el famoso aforismo clausewitziano “la guerra es la continuación de la política por otros medios” como su inversión foucaultiana encuentran en Schmitt una postura que se corre del eje de la discusión, en tanto guerra y política no pueden ser representadas como momentos antitéticos en la medida que dicha vinculación debe pensarse como guerra/política o política/guerra, es decir, como pares conceptuales¹³. Como bien sostiene un comentarista argentino al respecto: “Se trata de un definición íntima e inseparable por definición” (Fernández Vega, 2005: 190).

Ahora bien, tampoco resulta igual argumentar que la guerra representa el presupuesto y la posibilidad siempre factible de la dinámica de lo político que aseverar que la política perpetúa una relación bélica a través de determinadas técnicas gubernamentales. Y aquí por ende, es posible establecer un contrapunto entre Schmitt y Foucault que solidifican el discurso teórico iniciado por Clausewitz¹⁴, en un momento donde la progresión técnica genera las condiciones para un tratamiento insospechado sobre la vida humana, englobando no solo nuevas formas de relacionamiento, sino también sentando el interrogante sobre “la posibilidad del *rediseño artificial del cuerpo humano*”¹⁵ (Ludueña, 2010: 29).

En este sentido, la consideración de Schmitt acerca de la guerra como momento decisivo abre una brecha interesante para el análisis, pues si el choque bélico representa la posibilidad y el propio fundamento de lo político, entonces su presencia puede desencadenar la creación de nuevos agrupamientos y la

¹³ Si bien es abundante la literatura al respecto, al ser este un punto accesorio de la argumentación, solo se consignan los célebres trabajos desde donde se estructuran estas líneas. Ver: Clausewitz (1968) y Foucault (2001).

¹⁴ Foucault citó una vez y de forma muy marginal a Schmitt en sus cursos, inclusive se equivocó al escribir el nombre de pila del alemán con “k” y no con “c” (Foucault, 2011: 451).

¹⁵ Fabián Ludueña entrega algunas formidables consideraciones sobre las formas de relacionamiento humano conferidos por el desarrollo tecnológico. *Cursivas* en la edición.

desestructuración de antiguos basados en novedosas líneas de amistad o enemistad. Tal como sugiere Benjamín Arditi: “Las divisiones entre nosotros y ellos generan comunidades de amigos que no existían antes de la designación de los adversarios y la disposición para enfrentarlos”¹⁶ (Arditi, 2012: 18).

En tal virtud, cuando Strauss afirma que para Schmitt el estado de naturaleza hobbesiano es el verdadero estado político no pretende señalar la revitalización de la ficción, sino más bien la operación mediante la cual el jurista “sale al encuentro de la negación” de Hobbes (Strauss, 2010: 163). La piedra angular de esta reivindicación contra la despolitización liberal no es más que la visualización de la guerra como elemento nodal de la vida política. Sin embargo, el pensamiento schmittiano profundiza un interrogante sobre la actualidad. Para develarlo, sumado a *El concepto de lo político*, dos son los textos a los que haremos especial referencia aquí: el primero de ellos fue escrito en 1930 y se titula *Ética de Estado y Estado pluralista* (2011), mientras que el segundo, producto de una serie de conferencias que Schmitt dictó en España en 1962, se denomina *Teoría del partisano* (1984b).

Como se ha mencionado anteriormente, si Hobbes es el hacedor de un discurso teórico novedoso de desplazamiento de la guerra, Schmitt puede ser considerado un continuador de Clausewitz al recuperar la centralidad de la guerra y por lo tanto, oponerse a la neutralización hobbesiana a la que se ha hecho referencia anteriormente. Asimismo, el nombre de Clausewitz es crucial en este viraje moderno, pues en tiempos napoleónicos la guerra dejó de ser el arte que pensaron los antiguos para convertirse en un hecho de orden sociológico: “La guerra no pertenece al campo de las ciencias y las artes, sino al de la vida social” (Clausewitz, 1968: 197). Por consiguiente, el viejo artista de la batalla, el excelso guerrero, se convirtió en una fuerza más de la vivacidad de la lucha¹⁷. A diferencia de otros autores, el militar prusiano fue testigo de un cisma que convirtió lo excepcional en cotidiano. No obstante, esta cuestión de los discursos teóricos sobre la guerra debe ser relativizada al observar cómo Schmitt también es tributario de Hobbes en un aspecto crucial, aquel en el que se considera a la guerra como el suceso que expone la desnudez de lo político y demuestra la situación siempre factible de crisis. Por ello, para Carlo Galli, el pensamiento schmittiano es “un pasaje, visto desde los dos lados, entre conflicto y orden, y luego entre forma y crisis” (Galli, 2011: 17).

¹⁶ De alguna manera la otredad nos constituye: “Los enemigos son nuestro *pharmakon*; oscilan entre ser un veneno y una cura, pues son una amenaza a nuestra forma de vida (o, en términos menos dramáticos, un obstáculo para nuestra voluntad de poder) y también algo que nos ayuda a convertirnos en lo que somos” (Arditi, 2012: 19).

¹⁷ La idea del arte en la guerra implica a un ser que le imprime su talento a una materia. Para Clausewitz, Federico y Napoleón eran verdaderos genios de la conducción castrense, pero la complejidad de la lucha moderna imposibilita la reducción de sus múltiples aspectos a nombres propios aun cuando éstos sean ilustres. El militar prusiano rompió con la conceptualización clásica al pensar la guerra y al genio recíprocamente. De hecho, dicha metamorfosis ya se encuentra cifrada en el propio título de su obra más afamada.

Las fuerzas no estatales

En *Ética de Estado* y *Estado pluralista*, Schmitt busca contraponerse a aquellos pensadores que pregonan al Estado como un tercero neutral ante las divergencias de intereses sociales (Cole y Laski). El trasfondo de la discusión es el diagnóstico —presente en toda la obra schmittiana— de la crisis estatal. Con un tinte hegeliano sorprendente, el jurista sostiene que la misma debe ser entendida en paralelo a la emergencia de lealtades que cruzan al individuo y por ende, hacen que éste viva “en una multiplicidad de obligaciones sociales y relaciones de lealtad desordenadas” (Schmitt, 2011: 285), por lo que “el vínculo ético del estado, el deber de fidelidad y lealtad, aparece como solo un caso más junto con otros vínculos” (Schmitt, 2011: 285) y dependiente “en gran medida de grupos sociales” (Schmitt, 2011: 287). El problema surge ante la pugna entre distintos grupos, pues no aparece “la posibilidad de una decisión determinada” (Schmitt, 2011: 287) que zanje el conflicto. Los enemigos del Estado —aquel Estado que no es neutral, sino superior a las partes— no logran resolver el asunto al “abandonar el conflicto de deberes sociales a la decisión de grupos” (Schmitt, 2011: 290).

Nótese que Schmitt no niega la pluralidad del “nosotros” —de hecho afirma que “el mundo del espíritu objetivo es un mundo pluralista” (Schmitt, 2011: 294)¹⁸— pero desde su óptica la crisis solo puede resolverse con la unidad política aun cuando ésta contenga y abarque “diferentes contenidos” (Schmitt, 2011: 293). Como se podrá apreciar, desde la óptica del autor alemán, esta absorción de las diferencias en la unidad es muy distinta a la perspectiva que propugna el pluralismo, quien reduce a lo político a una serie de reglas de juego donde siempre se corre el riesgo de que “una conclusión de paz entre los grupos contratantes” mantenga “un ojo en la posibilidad, aunque remota, de la guerra” al acechar “una ética de guerra civil” (Schmitt, 2011: 299). Si bien dicho pensador admite que desde la unidad “se determina la distinción más intensa” (Schmitt, 2011: 293) —la agrupación amigo y enemigo— y por lo tanto la posibilidad de guerra nunca se desvanece, la crítica parece poner de relieve que el fortalecimiento de distintos grupos y entidades es el fundamento de la despolitización y de la esterilidad del Estado como dispositivo ordenador. Si se lee con atención el siguiente pasaje se puede llegar a la conclusión de que Schmitt acusa a los pluralistas de destruir aquella creación humana europea que ha demostrado cierta utilidad ante la crisis:

Cuando la realidad de la vida social problematiza la unidad del estado, se crea una situación insoportable para cada ciudadano de él, dado que al mismo tiempo la situación normal se debilita, junto con la presuposición de toda norma ética y toda norma legal. Entonces el concepto de ética de estado adquiere un nuevo contenido y surge una nueva tarea. Es el trabajo que implica producir, de manera consciente, la unidad, la obligación de participar para crear un poco de

¹⁸ Amerita reponer la siguiente frase de su autoría: “La unidad política no puede ser, por su esencia, universal en el sentido de una unidad abarcante de toda la humanidad y de todo el planeta” (Schmitt, 1984: 50).

orden concreto y real y para normalizar de nuevo la situación. Entonces cobra existencia, junto con la tarea del estado que reside en su sometimiento a normas éticas y con las obligaciones contra el estado, una obligación de ética de estado de un tipo por completo diferente —la obligación para con la condición de estado (Schmitt, 2011: 299).

En un sentido apremiante, Schmitt cierra sobre sus puños uno de los grilletes de la celda teórica que el liberalismo ha construido y mantenido. No le basta con enaltecer un tópico oculto en la esencia de lo político para librarse del mundo burgués, ya que lo apremiante es dotar de nueva eticidad al Estado para que neutralice lo decisivo¹⁹. En otras palabras, el tenor que aquí asume la crítica al liberalismo se sustenta en advertir su ineficacia ante la crisis o de acelerarla y destruir su propio mecanismo de emergencia. De esta manera, reaparece el carácter katejónico del Estado²⁰.

En *Teoría del partiano* se alumbra un aspecto tratado en forma accesoria en *El concepto de lo político*: la guerra civil. Nótese que tras la Segunda Guerra Mundial, Schmitt visibilizó un corrimiento del centro de gravedad; la política de la paridad técnico-militar a la que hacía referencia Clausewitz en *De la guerra* desapareció para dar paso a un deslizamiento de las esferas de influencias cuya dinámica llevó al viejo continente a estar en el medio de dos colosos. El guerrillero español —aquel enemigo de Napoleón que tanta curiosidad y admiración despertó en el militar prusiano— fue recuperado por Schmitt en plena Guerra Fría para pensar la coyuntura de la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, el análisis no se aboca a un estudio sobre el carácter táctico de los métodos de lucha, es decir, la ejecución de la guerra de guerrillas, sino que se trata de un análisis sobre un actor que reaparece cargado de protagonismo al constituirse en “la clave para comprender una realidad política” (Schmitt, 1984b: 161).

Asimismo, la propia etimología del término expresa su complejidad inherente. Schmitt elige el término alemán *partisan*, dado que proviene de “partido y remite al vínculo con una parte o con un grupo de algún modo combatiente, ya sea en guerra, ya en política activa”²¹ (Schmitt, 1984b: 123). La guerra entre Estados con soldados visibilizados por su uniforme desaparece para darle lugar al surgimiento de combatientes que se valen del favor de la invisibilidad como presupuesto de su acción. Por consiguiente, el tiempo político de la multipolaridad ha expirado. El partiano representa una fracción de la comunidad política que lleva al extremo su ímpetu bifronte, es decir disolvente y fundacional, alimentándose de una legitimidad y de un carácter telúrico que el criminal desconoce: “El

¹⁹ En este punto Strauss observa la aporía schmittiana fundamental: “La amenaza que pesa sobre lo político vuelve inevitable un juicio de valor respecto de lo político” tal como hace el liberalismo (Strauss, 2010: 164).

²⁰ Sobre el concepto *katéchon*, consultar el trabajo de Schmitt *El Nomos de la Tierra en el derecho de gentes del Jus Publicum Europaeum* (2005).

²¹ Es notorio cómo el lenguaje bélico inunda esta frase al describir al militante como un “combatiente”.

partisano tiene absoluta necesidad de una legitimidad si quiere permanecer en la esfera de lo político, y no hundirse simplemente en la del criminal común” (Schmitt, 1984b: 179). No es trivial que Schmitt pase de la referencia a Clausewitz a citar a Lenin y Mao, pues el militar prusiano es el símbolo del ayer, mientras que los revolucionarios ruso y chino son la conciliación teórico-práctica del siglo XX. Aun así cabe señalar una suerte de continuidad para el jurista, en tanto *De la guerra* “contiene ya en embrión una teoría del partisano, cuya lógica fue luego seguida hasta sus últimas consecuencias por Lenin y por Mao Zedong” (Schmitt, 1984b: 118).

La condición puramente política que Schmitt rescata del partisano permite encontrar un punto de divergencia con su admirado Hobbes, pues para el alemán el partisano como enemigo debe ser combatido porque así lo indica la “prudencia” política y porque solo así se capta su verdadera existencia no-criminal. El paradigma militar se sobrepone sobre el securitista. Justamente, en tal reconocimiento de su figura como alteridad se expresa lo esencialmente político del partisano debido a la imposibilidad de un “nosotros” sin un ellos. Para Hobbes, en cambio, el desobediente representa el signo del miedo del Estado. A diferencia de Schmitt, el autor del *Leviatán* presenta al otro como un peligro cotidiano de la tan mentada apoliticidad de la política liberal²². Por ello, su argumento de la protección comporta la fijación de la oposición en el terreno de la criminalidad. De esta manera, hábilmente el pensador inglés desplazó hacia la arena exterior a la guerra, constituyendo así una región de obediencia y seguridad interna. No obstante, el problema que representa el partisano escribe nuevos ribetes en este asunto porque la guerra civil se figura como una posibilidad que opera en el terreno de lo político y no como un elemento que lo contradice. De todas maneras, antes de avanzar sobre este punto, es importante señalar las cuatro características que definen al partisano según Schmitt.

La primera de ellas es su carácter “irregular” (Schmitt, 1984b: 123) producto de la ausencia de un uniforme, elemento que asume una dimensión simbólica notoria, ya que no solo se reniega de él, sino que también la vestimenta misma “confiere seguridad en público y es el símbolo de una autoridad que la presencia visible de las armas aumenta” (Schmitt, 1984b: 123). La segunda característica remite al “intenso compromiso político” (Schmitt, 1984b: 123) que posee el partisano, al relacionarse enteramente con la estructura que lo contiene: “Hoy, más que el estado como tal, es el partido revolucionario como tal el que representa la verdadera y sustancial organización totalitaria única” (Schmitt, 1984b: 123). La tercera especificidad deriva de los métodos de combate: “movilidad, celeridad, ataques y retiradas sorpresivas, en una palabra, la máxima agilidad, permanecen todavía hoy como los signos distintivos del partisano” (Schmitt, 1984b: 124) mientras que en cuarto lugar señala su “carácter telúrico” (Schmitt, 1984b: 127). Esta última

²² A través de dicho término se hace referencia a la neutralización de lo político que desde la perspectiva schmittiana lleva a cabo el liberalismo. De allí la paradoja de pretender fundar lo político sobre lo político.

peculiaridad condensa dos aspectos de suma relevancia: por un lado, denota que el combatiente irregular se ancla en un espacio geográfico determinado ligado a un conjunto de valores y por otro, demuestra que así como la legitimidad es crucial para su existencia, también lo es para su campo de acción, pues el agua y el aire son ámbitos extraños para el desarrollo de sus operaciones:

Mao Zedong, Ho Chi-minh y Fidel Castro, son una demostración clara de que el vínculo con la tierra, con la población autóctona y con la particular naturaleza del país —montañas, bosques, junglas o desiertos— no ha perdido nada de su actualidad (Schmitt, 1984b: 128).

El neopartisano

Conceptualmente, el partisano tal como Schmitt lo describe, posee sus límites para pensar la guerra contemporánea. Más allá de la porosidad argumentativa del “fin de las ideologías” y el “fin de la historia”, es indudable que la caída de la Unión Soviética trajo aparejado un mundo regido por una potencia hegemónica en donde poca cabida existe para el “peligro rojo”. Los países centrales del capitalismo dejaron de tomar decisiones estratégicas centradas en la bipolaridad. Cuando Schmitt escribió su *Teoría del partisano* lo hizo en plena Guerra Fría y con el peligro de insurgencias internas motorizadas por terceras potencias²³. Hoy el combatiente irregular ya no se ajusta a las cualidades anteriormente mencionadas. De hecho, cabe preguntarse en qué medida podemos pensar en un neopartisano puesto el incumplimiento de algunas de los atributos mencionados por Schmitt²⁴. En efecto, el autor alemán argumentaba que la técnica acrecienta la agilidad del combatiente sin que perdiese su rasgo telúrico, pero los hechos de los últimos años han demostrado que la técnica posibilita el accionar lejos de la tierra y cuestiona si el apego a ella sigue siendo crucial para pensar en combatientes no-estatales²⁵. La guerra clásica entre Estados no está herida de muerte en tiempos de la globalización, pero los ojos se dirigen a observar la capacidad de determinados grupos para operar globalmente —los hechos acaecidos el 11 de septiembre en Estados Unidos,

²³ Es interesante destacar que a diferencia de Arendt (1970), Bobbio (1999) o Aron (2009), Schmitt relegó a un plano secundario la problemática nuclear, centrándose en el destino interno de la comunidad política y en la posición internacional de Europa y no en la abstracción de la “humanidad” como sujeto político. Vale la pena recordar la cita tomada de Proudhon en *El concepto de lo político*: “Quien dice humanidad, quiere engañar” (Schmitt, 1984: 51).

²⁴ Aun así, cabe mencionar que los cuatro atributos distinguidos por el jurista responden a una emergencia histórico-concreta del partisano. El propio Schmitt da cuenta de ello al mostrar su derrotero, de hecho su aparición en España en tiempos napoleónicos poco tiene que ver con su filiación partidaria en el siglo XX.

²⁵ Sin embargo, Schmitt deja abierto una interrogante sugerente: “¿Quién podrá impedir que de manera similar, pero en una medida infinitamente mayor, surjan nuevos e inesperados tipos de enemistad cuya realización evocará inesperadas formas de un nuevo partisano?” (Schmitt, 1984b: 188).

en la estación ferroviaria Atocha en España o los atentados en 2005 acaecidos en Londres, son ejemplos sumamente pertinentes— puesto que hay actores que, como bien dice Flabián Nievas, actúan “sin restricciones de fronteras, aunque con objetivos precisos como Al Qaeda, conformada por una serie de grupos o células relativamente autónomas y con escasa conexión entre sí” (Nievas, 2007: 33).

El partisano ganó en agilidad —como también el combatiente regular— pudiendo ahora aventurarse a actuar lejos de su escenario geográfico y hasta surcar, como ha sucedido en el 2001, espacios insospechados como el aéreo. Hoy en día opera en contextos muy distantes entre sí, atravesando fronteras con relativa facilidad. Este hecho demuestra que el compromiso —la segunda característica señalada por Schmitt— no siempre es de carácter político/partidario, pues aparece como un elemento que sobrepasa la frontera estatal-nacional —y por ende pierde su rasgo telúrico— con una postura estratégicamente defensiva, fundamentada en un fuerte correlato transnacional²⁶.

En verdad, las formas de resistencias sufren un proceso de despolitización notorio. La emergencia de los nacionalismos o regionalismos tras la caída de la Unión Soviética y de los fundamentalismos religiosos o étnicos carecen de un aspecto fundacional que expresa ciertos límites políticos: “La violencia *fundadora* deviene *fundamentalista* cuando no encuentra nada que fundar, ya que el orden internacional en esta nueva fase de acumulación *no hace lugar* a tales ‘particularismos’” (Grüner, 2007: 94). Desde otro registro intelectual, Slavoj Žižek también considera la “postpolítica” de la globalización como el intento de ya no reprimir a lo político, sino de extinguirlo; su manifestación arquetípica son las intervenciones humanitarias y la “emergencia violenta del ‘mal puro’ despolitizado bajo la forma de violencia fundamentalista étnica o religiosa” (Žižek, 2011: 51).

Si bien no se está avalando aquí la tesis de Huntington (1997) del “choque de civilizaciones”, tampoco es cuestión de negar la influencia de estos argumentos en la praxis política. Justamente he aquí la característica decisiva de la guerra contemporánea. Su piedra angular no es otra que la discriminación del enemigo como el “otro maligno” —algo que ya había observado claramente Schmitt— y la presentación de la guerra como una herramienta de la seguridad; ya no aparece como una disputa territorial, sino poblacional, con una verdadera fusión de la defensa y la seguridad, de la tropa y la población, del enemigo externo y del enemigo interno. Por ende, el enfrentamiento a miles de kilómetros del territorio de uno de los beligerantes afecta a la seguridad de la propia población, aun cuando lejos está de los estruendos²⁷. El teatro de operaciones se ensancha y ya no queda muy

²⁶ Schmitt también indagó sobre el aspecto internacionalista del partisano en la segunda mitad del siglo XX contraponiendo el socialismo propugnado por Lenin con el desarrollado en China: “Por lo que respecta a Mao, se debe tener en cuenta otro hecho concreto que le permitió acercarse aún más que Lenin al corazón de la problemática partisana, definiéndola de manera más completa todavía. Sintéticamente: la revolución de Mao tiene una base más ‘telúrica’ que la de Lenin” (Schmitt, 1984b: 158).

²⁷ Con esto no se hace referencia a externalidades entendibles de toda campaña bélica, sino a que, justamente, aunque la sociedad no se militarice, sí se la “protege” ante el riesgo de infiltración

en claro qué operaciones adoptan características securitistas y cuáles militares. Este es el rasgo decisivo de la guerra preventiva. Cabe citar el accionar estadounidense en 2011 que derivó en la muerte de Osama Bin Laden y cuya operación táctica se cumplimentó en la órbita de un tercer Estado que no se consideró agraviado por tal acto de intromisión en su territorio. ¿Qué rótulo se le puede otorgar a una operación de este tipo? ¿Es un acto de guerra bajo la modalidad de acción policíaca?

Las operaciones militares han adquirido un fundamento securitista que permiten extremar los controles en el orden interno. La fenomenal puesta en marcha de dispositivos de seguridad en Estados Unidos tras lo acaecido en 2001 demuestra que actualmente la guerra es una problemática de la seguridad o, para ser más precisos, la guerra ha sido absorbida por el paradigma del control social. De esta manera, una vez más la relación entre el Estado y la sociedad aparece en el centro de la escena. De hecho, en los últimos años se ha registrado una importancia cada vez más notoria de las compañías privadas contratistas de soldados. Por otro lado, si en Hobbes la lucha entre Leviatanes mantenía, según Strauss, lo político activo y en Schmitt la lucha interestatal daba cuenta de su esencia y de la neutralización llevada a cabo por el liberalismo, en la actualidad el neopartidano es la expresión máxima de formas de resistencia incapaces de fundar un orden, plenamente defensivas y no-estatales. A su vez, la técnica se mantiene en un centro de referencia aparentemente neutral, pero garante del control; la tecnología media en la forma humana de relacionarse extremando el almacenamiento de datos sobre hábitos de consumo, tipo de vida, ideología, creencias, etcétera. Todo ello aparece como iniciativas del ámbito privado, pero en verdad el hombre ha entrado gustoso a una caja que nadie sabe bien cómo funciona, aunque está disponible para prácticas de control y supervisión funcionales a distintos centros de poder.

En definitiva, solo la guerra vuelve a expresar nítidamente el desarrollo actual de la despolitización en sus rasgos extremos y la simbiosis, cada vez más notoria, entre el Estado y la sociedad, entre la defensa y la seguridad.

Consideraciones finales

La problematización sobre la guerra contemporánea nos retrotrae irreductiblemente —apelando al influjo de la lectura straussiana— al pensamiento de Thomas Hobbes y Carl Schmitt. Sin embargo, no se trató meramente de mostrar en estas líneas cómo sus respectivos discursos teórico-políticos se diferencian en el estatus que le otorgan a la guerra, es decir, si la guerra se halla desplazada o no del núcleo de lo político. De hecho, se pudo observar que en el *Leviatán* de Hobbes la fundación de la esgrimida apoliticidad liberal tiene como condición necesaria neutralizar a la guerra civil y gestar una dimensión securitista a manos del Estado,

del enemigo, es decir, se vela por su “seguridad” de manera constante. A partir de aquí se puede vincular lo dicho con la tesis de Giorgio Agamben (2010) sobre el “estado de excepción permanente” y el miedo que opera de forma fundamental.

mientras que en el pensamiento schmittiano se produce una inversión al demostrar que el choque bélico evidencia la desnudez de lo político.

Asimismo, tampoco se trató de ver los acuerdos presentes en sus trabajos. En realidad, lo interesante es poner de relieve cuánto de contemporáneas aparecen sus obras para nosotros en vistas de dar cuenta del proceso de despolitización actual, que a su vez, resulta una problemática presente en sus respectivas perspectivas. En este sentido, el tópico bélico hace posible rastrear algunas de sus huellas, pues las guerras contemporáneas permiten observar que ya no es cuestión de la obediencia o del miedo del Estado simplemente, sino de un complejo entramado que abarca las formas de control y de resistencia, los vínculos entre la sociedad y la práctica gubernamental, el papel de la técnica y los modos de relacionamientos que atraviesan al individuo. En tal virtud, continuando con la referencia del inicio de Strauss, la celda teórica del liberalismo que tiene preso a Schmitt y cuyo máximo artífice fue Hobbes es, en verdad, una celda histórica que aún no ha podido ser derrumbada con ningún tipo de praxis, sino que más bien se afianza cada día más.

Referencias

- AGAMBEN, G. (2010). *Estado de excepción*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- ALTHUSSER, L. (2003). *Soledad de Maquiavelo*. Madrid: Editora Nacional.
- ARDITI, B. (1995). Rastreado lo político. *Revista de Estudios Políticos*, n° 87, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- _____ (2012). Sobre lo político: Schmitt contra Schmitt. *Revista de El Colegio de San Luis*, Nueva época, año 3, n° 3.
- ARENDT, H. (1970). *Sobre la violencia*. México: Cuadernos de Joaquín Mortiz.
- ARON, R. (2009). *Sobre Clausewitz*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- BOBBIO, N. (1999). *El problema de la guerra y las vías de la paz*. España: Altaya.
- CLAUSEWITZ, C. (1968). *De la guerra*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- FERNÁNDEZ VEGA, J. (2005). *Las guerras de la política. Clausewitz de Maquiavelo a Perón*. Buenos Aires: Edhasa.
- FOUCAULT, M. (2010). *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2001). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza.
- _____ (2011). *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- GALLI, C. (2011). *La mirada de Jano. Ensayos sobre Carl Schmitt*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- GRAMSCI, A. (1980). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Madrid: Nueva Visión.
- GRÜNER, E. (2007). *Las formas de la espada. Miserias de la teoría política de la violencia*. Buenos Aires: Colihue.
- HOBBS, T. (2005). *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- HOWSE, R. (1998). From Legitimacy to Dictatorship and Back Again. Leo Strauss's Critique of the Anti-Liberalism of Carl Schmitt. En *Law as Politics*. Duke University Press.
- HUNTINGTON, S. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Buenos Aires: Paidós.
- JIMÉNEZ SEGADO, C. (2009). *Contrarrevolución o resistencia. La teoría política de Carl Schmitt (1888-1985)*. Madrid: Tecnos.
- LOCKE, J. (2002). *Segundo ensayo sobre el gobierno civil*. Buenos Aires: Losada.
- LUDUEÑA ROMANDINI, F. (2010). *La comunidad de los espectros*. Volumen I. *Antropotecnia*. Buenos Aires: Miño Dávila.
- MAQUIAVELO, N. (2005). *El arte de la guerra*. Buenos Aires: Losada.
- _____ (1994). *El príncipe*. Bogotá: Ediciones Nuevo Siglo.
- MEIER, H. (2010). *Carl Schmitt, Leo Strauss y El concepto de lo político*. Buenos Aires: Katz.
- MORO, T. (1984). *Utopía*. Madrid: Los Grandes Pensadores.
- NIEVAS, F. (2007). *Aportes para una sociología de la guerra*. Buenos Aires: Proyecto Editorial.
- PLATÓN (2005). *República*. Buenos Aires: Eudeba.
- SCHMITT, C. (1984). *El concepto de lo político*. Buenos Aires: Folios Ediciones.
- _____ (2002). *El Leviathan en la Teoría del Estado de Tomás Hobbes*. Buenos Aires: Struhart.
- _____ (2005). *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Jus Publicum Europaeum*. Buenos Aires: Editorial Struhart.
- _____ (2011). Ética de Estado y Estado pluralista. En Ch. MOUFFE, (comp.), *El desafío de Carl Schmitt* (pp. 283-300). Buenos Aires: Prometeo.
- _____ (1994). *Ex Captivitate Salus*. Buenos Aires: Editorial Struhart.
- _____ (1984b). Teoría del partisano. En C. SCHMITT, *El concepto de lo político*. 113-188. Buenos Aires: Folios Ediciones.
- STRAUSS, L. (2006). *La filosofía política de Hobbes. Su fundamento y su génesis*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2010). Comentario sobre El concepto de lo político de Carl Schmitt. En H. MEIER, *Carl Schmitt, Leo Strauss y El concepto de lo político*. 133-168. Buenos Aires: Katz.
- ŽIŽEK, S. (2011). Carl Schmitt en la era postpolítica. En Ch. MOUFFE (comp.), *El desafío de Carl Schmitt*. 35-59. Buenos Aires: Prometeo.

